

Dos días habían pasado apenas, después que murió Fernando VII, cuando los que esperaban con ansia aquel suceso para proclamar á D. Carlos, levantaron la bandera de la insurrección en diferentes puntos de la Monarquía.

Es cierto que los primeros campeones del Infante, los que no tuvieron calma para preparar de una manera estratégica la sublevación, los que guiados de un febril entusiasmo lanzaron el primer grito de guerra, fueron víctimas de su atolondrada imprudencia, y batidos por las tropas de que disponía el Gobierno, sellaron con su sangre las instituciones que representaban; pero también es cierto que estas primeras derrotas, y la sangre de sus primeros soldados, irritaron y exasperaron al partido absolutista, tan poderoso en aquella época, que con tantos elementos contaba para alcanzar el triunfo, y que resuelto y rencoroso se lanzó á la lucha amenazando derribar con un vigoroso empuje al Gobierno de la Reina viuda, que no contaba con defensores leales y decididos que quisieran comprometerse en su defensa.

Sus primeros triunfos embriagaron al Gobierno de Cea Bermúdez, que creyó que para asegurar los derechos incontestables de la Reina niña bastaba una proclamación solemne, adornada de toda la pompa que en sus pobres miras daba aquel ministerio al poder dinástico. Verificóse la proclamación el día 25 de Octubre, y se desplegó en ella todo el boato y majestad que se juzgaba necesario para imponer respeto y sumisión. ¡Triste desengaño debió de ser el del Gobierno, pues apenas tuvo lugar aquella solemnidad, la mayor parte de las cortes extranjeras retiraron sus representantes, protestando de esta manera contra la sucesión en el Trono de la Reina Isabel!

En vano en su ceguedad quiso desconocer el Gobierno la lógica de los sucesos y resistirse á las exigencias de los principios. Los carlistas, aunque derrotados, se multiplicaban de una manera alarmante por toda España, lanzándose al campo con un entusiasmo digno de mejor causa. Algunas ligeras concesiones hechas á los liberales, tales como la ampliación de la amnistía antes decretada, y la abolición de las subvenciones para sostener armados á los realistas, no bastaron para que los partidarios de las ideas constitucionales se mostrasen satisfechos y quisieran prestar su apoyo decidido á la nueva Reina. Algunos hombres de importancia, entre ellos el marqués de Miraflores, pidieron á la Regencia la convocación de Cortes: desechadas sus solicitudes, las renovaron con mayor insistencia, uniéndose á estas manifestaciones las exigencias de algunos jefes militares que hicieron presente á la Reina Gobernadora, que el ministerio conducía á su ruina al Trono de Doña Isabel, y que la destitución de aquel Gobierno impopular era indispensable si el país había de prestar su apoyo á la nueva Reina contra las agresiones de los carlistas. El general Llauder, más que todos, exigió de una manera más apremiante un cambio de política y de hombres de Gobierno, exponiendo de un modo franco los peligros de la situación, y la necesidad de transijir con las ideas liberales si había de conjurarse la tormenta que los carlistas estaban preparando.

La Reina Gobernadora no era ciertamente amiga de las instituciones liberales. Educada en la corte de su padre el Rey de Nápoles, desde su infancia había sido amamantada en las ideas históricas y tradicionales de la familia de Borbon á